

él, que sufriese en sus adversidades, que se regocijase en sus triunfos, que suspirase por su vuelta, que odiase á sus enemigos, que conservara escondido, pero ardiente, el culto de la libertad, por el que él iba á combatir.

Esto era la dicha, esto era la reproducción de aquellos amores de los tiempos caballerescos en que mientras el guerrero luchaba por su patria y por su fé, su amada le animaba á lo lejos con sus palabras de amor, y le guardaba una fidelidad que era el premio de sus penas y de su valor.

La bandera de la patria tendría entonces para él un símbolo más que idolatrar: el de su amor.

Fernando no quiso renunciar á este último y dulce pensamiento, y ya muy avanzada la noche se recostó en su cama de campaña, no sin besar primero y repetidas veces la hermosa flor que Clemencia le había dado, y que iba á ser de allí en adelante un talismán sagrado que no se apartaría jamás de su corazón.

¡Si el pobre oficial hubiera podido escuchar las últimas palabras de Clemencia esa noche, cuánto no habría sufrido, y cuán espantosa no le habría parecido la vida, y cuán aborrecible ese mundo en que suele matarse á un hombre con una sonrisa páfida!

## XX

## CONFIDENCIAS

Tres días después Isabel vino á casa de Clemencia y se precipitó sonriendo en los brazos de su amiga, á quien halló pensativa y triste,

— ¡Qué feliz soy, hermana mía, qué feliz soy! le dijo.

— Lo veo en tu semblante, Isabel, lo creo..... ¡Conque te aman!.....

— Y amo como una loca, como nunca he amado, cómo nunca pensé que podría amarse.

— Vamos, di, ¿qué ha pasado? Enrique te ha dicho.....

— Que me adora, que no ama á nadie más que á mí; que no ha dejado á nadie en México, y que la guerra no será un obstáculo para que yo sea su esposa.

— ¿Tan pronto así va?... ..

— Y ¿qué menos pronto podría ir? ¿Pues acaso no se ama uno para eso, para no separarse jamás?

— Pero, niña, ¿es que se conoce uno hoy, para casarse pasado mañana? ¿Ese caballero cree que se da una palabra de matrimonio como se dice una galantería?

— Pero, Clemencia, tú me entristeces; si me ha declarado su amor antes de ayer, te parece monstruoso que me hable de unión eterna cuando se ha convencido de que le amo también? ¿Qué tiene eso de particular? más bien dicho, ¿por qué no había de ser así?

— No digo yo que sea monstruoso, pero me parece el caballero Flores demasiado calavera para aventurar una promesa tan pronto, con intención de cumplirla. Eso, si no es una suma vulgaridad, sería una cosa muy rara. Hay hombres, como él, que emplean esa palabra con todos sus galanteos, y esos decididamente son libertinos vulgares, muy vulgares. Si Enrique la usa por costumbre, es preciso convenir en que no es tan superior como yo le había creído. Si no es así, es preciso que esté muy enamorado, y entonces hay que creerle; pero te lo repito, es extraordinario, es prodigioso.

— Clemencia, me haces mal con tus palabras; ¿por qué estás tan cruel hoy?

— No, niña, no quiero hacerte mal, quiero precaverte: estás enamorada, tienes una confianza ciega, y yo te digo: Isabel, no creas tan fácilmente..... nada engaña más que el corazón enamorado..... por eso es preciso dejar que hable un poquito la cabeza. Tú eres una niña inocente y buena, nunca has amado, no conoces á los hombres, y menos á los hombres como Enrique. Si tú das entero crédito á sus promesas, corres el peligro de comprometer demasiado el corazón en un juego terrible: después te morirías al primer desengaño, y esa alma tan feliz hoy y tan tranquila, se convertiría en un instante en un infierno de tormentos..... Ama, hija mía, porque esa es la dicha, y sobre todo, porque no amar no depende de ti; pero piensa un poco y no concedas tu amor sino con muchas reservas; más tarde irán desapareciendo, pero será después de que te hayas convencido de la sinceridad con que te aman. ¿Conoces acaso á Flores? ¿Sabes tú si no es lo que te figuras, un hombre caballeroso y leal, sino un seductor afortunado que sabe hacer la comedia del amor perfectamente? Si fuese Valle, te diría yo: Querida mía, no tengas miedo; he ahí la sinceridad, se le conoce en su mirada y en su modo de hablar. Los hombres encogidos como él, cuando se deciden á declararse, tiemblan,

sus ojos se llenan de lágrimas, tartamudean algunas palabras torpes..... pero puede creérseles..... toda esa timidez revela la pureza de un sentimiento que no saben fingir..... Pero los hombres como Enrique, son abismos en los que es difícil adivinar lo que hay.

Isabel palidecía y lloraba.

— Calla, Clemencia! ¿no ves que me estás matando? ¡Y yo que creía encontrar en tus palabras animación y esperanza; yo que creía que ibas á gozarte en mi dicha, que tu corazón iba á responder con sus palpitaciones cariñosas, al mío que se siente enfermo de amor..... te encuentro así, cruel, amarga y llena de sospechas! ¿Es que me aborreces ya? ¿Es que no quieres que yo le ame?

— ¿Querer yo eso, Isabel mía? Y ¿por qué lo había yo de querer? Mi amistad no merece tales reproches; eres más que mi amiga de la infancia, mi hermana: perdona si con decirte eso te he hecho sufrir; pero, mira, yo conozco más el mundo, siquiera porque, menos enclaustrada que tú, he tratado con más frecuencia á los hombres. Bien sabes que he adquirido fama de coqueta, y bien sabes también que con injusticia; es que he juzgado prudente no confiarme: el corazón no debe darse sino como precio de un amor probado mil veces. El que resiste á estas pruebas y sale airoso en

ellas, ese es el merecedor de nuestro cariño. Pero amar en tan breves instantes, es jugar la vida. Yo no he derramado todavía una lágrima arrancada por el desengaño. Pero tengo miedo de derramarla; me parece que con ella perdería la mitad de la fuerza con que hoy me siento: me parece que con la primera lágrima de dolor se derrama la savia de diez años de existencia.

Por lo demás, ama á Enrique; pero ni le creas todo lo que te dice, ni le digas todo lo que sientes. Serás su esposa; pero siquiera aguarda á saber quién es, de dónde viene y qué ha hecho. Los *mexicanos* nos juzgan á las provincianas más candorosas de lo que somos, y educados en una sociedad menos franca que la nuestra, abusan de su destreza para engañar, seguros de sus triunfos fáciles. Te repito que si se tratara de Valle no sería ni tan severa para juzgarle ni tan suspicaz para creerle.

— Y á propósito de mi primo, él está enamorado de ti locamente, ¿no es esto?

— Así parece, Ayer ha venido, hoy también; me devora con sus miradas: hay algo de delirio en esa pobre alma, y te aseguro que no ha amado jamás como hoy.

— ¿Y tú le quieres?

— Te parecerá raro; pero creo que sí. Sin las ventajas de Enrique, tiene en cambio un

noble corazón que se revela en todas sus acciones, una inteligencia admirable y una inocencia de niño. Le di una flor antes de anoche, ya lo sabes : pues bien; la guarda junto al corazón, la adora, y la besa con locura. Hoy le di mi retrato y le puse una dedicatoria que le ha trastornado. ¿Lo crees? Se ha atrevido á besarme una mano; no pude incomodarme por esta libertad : ¡me amaba tanto!..... y yo le voy queriendo también..... ¿Y por qué no había de hacerme feliz el amor de un alma tan generosa y tan elevada?

— Clemencia, estás enamorada!

— No sería difícil, ya me conoces, soy original en mis ideas. No he amado nunca, porque no he encontrado jamás el alma á la altura de las cualidades físicas, y sería triste para mí amar una bella estatua. ¿Pues no hay ya bastante belleza con la de la mujer? Yo busco en el escogido de mi corazón, la fuerza, la energía, la inteligencia y la elevación de sentimientos : todo eso he creído entrever en Fernando. Hasta hoy, no sé enteramente si es mi ideal, porque menos confiada que tú, no acepto tan fácilmente á un desconocido. Creo en su talento, porque eso se revela desde el primer instante; pero aun no conozco ni su valor personal ni la generosidad de sus acciones. Así es que me reservo. Mira; no le

amo aún; pero si cualquier suceso me hiciese conocer de una manera indudable las grandes dotes que le supongo, le amaría con toda mi alma, le adoraría y procuraría hacerle dichoso con toda la pasión de que una mujer es capaz.

Nada habría en el mundo que me detuviera para ser suya; ni la fortuna ni la gloria tendrían para él más tesoros que los que podrían ofrecerle mi amor ardiente y mi ternura inmensa. ¡Feliz el hombre á quien yo ame, Isabel, porque le amaré como no se acostumbra amar hoy, como es difícil que se ame en el mundo! ¿Y ya me ves tan altiva, tan desdenosa, tan exigente? pues te aseguro que sería yo una mujer humilde, una pobre esclava que estaría pendiente de sus ojos para complacerle, y una leona para disputar su amor..... la muerte misma me parecería dulce recibida de su mano.

— ¡Clemencia!... nunca te he oído hablar así... me encantas y me causas terror!

— Oh! te causo terror porque tú eres dulce y tímida, porque tu amor es una lágrima de ángel... mi amor sería una llama devoradora, un volcán. Pero tranquilízate.... no amo todavía así á tu primo. Más tarde le amaré quizás..... pero falta mucho para eso. Sería preciso que un grande rasgo del corazón, una

cosa extraordinaria me hiciese admirarle, y entonces no había necesidad de más, le amaría. Yo soy de esas mujeres en quienes el amor entra por las puertas de la admiración. Me parece difícil que llegase á apasionarme de un hombre sin admirarle primero; desdeño lo vulgar, y me siento capaz de amar toda mi vida á un mártir que hubiera perecido en un cadalso, y de convertir su memoria en un culto perpetuo; así como me parece imposible querer á algún pequeño hombre á quien la fortuna elevase sin merecerlo á la cumbre del poder, ó á otro á quien la suerte caprichosa hubiese dotado de riquezas, ó al triste mortal que no contara más que con el atractivo vulgar de una hermosura de Adonis, sólo buena para decorar mi jardín ó para ocupar un lugar en mi aparador de juguetes.

— Pues bien, Clemencia, justamente se acerca la ocasión en que podrás experimentar el alma de Fernando... la guerra que va á seguirse tal vez le dará oportunidades de darte á conocer su valor y su temple.

— Bien pensado: no es valor vulgar el que me fascinaría... valientes hay muchos, en nuestro país sobran; y desde el soldado raso hasta el general hay para admirar á todos... Si Fernando no fuera más que un oficial atrevido, poco habría adelantado en mi corazón.

Pero tú sabes que hay acciones que sobrepasan la esfera de lo común; yo no sé precisamente lo que quiero, no acierto á expresarte mi pensamiento.... se me figura que un proscrito perseguido por todo el mundo, un mártir, un hombre que subiera al cadalso por su fé y por su causa, abandonado de todos, hasta del cielo.... ése sería el hombre á quien yo amase.... y me hago la ilusión de arrebatárle de las gradas del cadalso, de ser yo su libertadora y de llevarme conmigo para hacerle sentir el cielo, después de haber pisado los umbrales del infierno. ¡Qué quieres!.... soy así.... hay mucho de singular en mis deseos y en mis ideas.

— Si, verdaderamente, y me espantas... Un condenado á muerte!.... á nadie le ocurriría, te lo juro.... apuesto á que te has enamorado de algún héroe de novela.

— Leo pocas, ya lo sabes, y las que he leído no tienen condenados á muerte. Es una idea mía nada más.

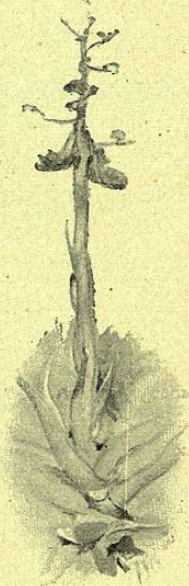
— De suerte que mi pobre primo tendría que hacerse coger prisionero por los franceses y conducir á Guadalajara y fusilar en la plaza para que tú le amases después.

— Puede ser que no lo lograra simplemente con eso, Isabel. Yo te digo que no sé lo que quiero precisamente; pero quiero la desgracia,

y la desgracia emanada de un grande rasgo del corazón.

— Amor imposible entonces.

Muy difícil de todos modos, querida mía, dijo Clemencia suspirando y quedándose un momento pensativa.



CAPILLA ALPENSINA



XXI

EL AMOR DE ENRIQUE

Quince días después de la conversación que acabo de referir, Clemencia recibió un billete en que Isabel le suplicaba que pasase á verla inmediatamente, pues estaba enferma.

Clemencia se dirigió presurosa á la casa de su amiga, á quien encontró en un estado lamentable. La hermosa rubia tenia impresas en el semblante las huellas del más terrible sufrimiento. Los bellos colores habían desaparecido de sus mejillas, su rostro estaba enflaquecido y sus ojos azules parecían apagados por las lágrimas.

Luego que Isabel vió á Clemencia se levantó y se arrojó en sus brazos sollozando con amargura.

— ¿Pero qué es esto, Isabel? preguntó Clemencia besando á su amiga; ¿qué te pasa? ¿por qué te veo así? ¿estás enferma?

— Sí, del alma; Clemencia, me estoy muriendo, y te llamo porque en mi desesperación necesito confiarte mis pesares, necesito que los alivies....

— Y bien, hija mía, dime ¿qué ha sucedido? Hace una semana que no te veo, te creía feliz, muy feliz puesto que me olvidabas.... y encontrarte así me sorprende: siéntate y habla....

— Me alegro de que hayas venido ahora; mi madre está ausente y podré decirte todo. Enrique...

— Ah, ya me lo esperaba yo. Enrique...

— Enrique no me ama ni me ha amado nunca; ese hombre no tiene corazón, y tenías razón sobrada para aconsejarme que no confiara en sus palabras. ¿Sabes lo que ese libertino quería? Quería mi deshonor, quería mi vergüenza.

— ¡Cómo! ¿és posible? ¿se ha atrevido á insultarte el infame?

— Comenzó, como te dije, por hablarme de amor con el lenguaje de la sinceridad: dos semanas, ¿comprendes? dos semanas de un trato constante habían acabado por hacerme perder la poca reserva que había tenido para

él. Verle era una necesidad para mí, necesidad tanto más irresistible cuanto que mi pasión ha llegado al extremo. Estoy loca, no pienso sino en él, no hablo sino de él, no querría vivir sinó para él: pero antes que mi felicidad estaba mi honra, mi honra, que Dios me da bastantes fuerzas para conservar intacta y para defender aun á costa de la paz del alma, porque yo no te ocultaré, he jurado no volver á hablarle; pero le amaré toda mi vida: es un libertino, es un málvado, pero me es imposible borrar su imagen de mi corazón, me es imposible aborrecerle y despreciarle como merece.

— Pero bien, interrumpió Clemencia cada vez más asombrada de lo que oía; ¿qué te ha dicho, qué te ha hecho?

— Ya desde hace seis ú ocho días sus palabras eran para mí sospechosas; había perdido su voz ese acento de respetuoso cariño que había hecho tanta impresión en mi alma, sin por eso alarmar mi delicadeza. Sus miradas no eran las del esposo, sino las del seductor mundano y atrevido que se detiene en examinar á su víctima antes de sacrificarla. Sus ojos me hacían mal y me obligaban á apartar de ellos los míos, llena de turbación. Tenía miedo de hallarme á solas con él. Mi madre, confiada como yo en el carácter caballeroso de



este hombre, no recelaba de su parte ninguna intención depravada, ni la recela aún, porque nada he querido confiarle; me moriría de vergüenza si tuviera que decirselo. Me hablaba de pruebas de amor, de preocupaciones sociales, de que la pasión no conocía límites ni reservas, de que él amaría toda su vida á la mujer que se sacrificase por él, tanto más, cuanto mayor fuera su sacrificio. Ya tú verás por todas estas frases que iba encaminándose á su objeto. Nada le respondía yo á esto, y escuchaba temblando semejantes expresiones sin parecer hacerles caso; ó bien le hablaba de nuestro matrimonio y de nuestro porvenir. Pero ayer vino y me halló sola, como otras veces, le vi desde luego pensativo y triste, preguntéle qué tenía y me respondió que Uragá con los restos de su ejército derrotado en Morelia había llegado ya á Jalisco, que el ejército francés se había puesto en marcha para Guadalajara y que sus avanzadas llegaban ya á León; que el general Arteaga iba á salir de aquí dentro de dos ó tres días, y que naturalmente tendría que irse con él. Que nuestro matrimonio, por todas esas razones no podría realizarse tal vez nunca, y que estaba resuelto á morir antes que perderme; que me suplícaba, que me pedía de rodillas que huyese con él, ó si no me resolvía á abandonar á mi

madre, que quería llevar la última, la más grande prueba de mi amor para marchar tranquilo y no desesperarse pensando en que yo pudiera olvidarle por otro; que de esa manera sería yo su esposa ante Dios, aunque las necias fórmulas del mundo faltasen á nuestra unión. ¡Ay, Clemencia! tú comprenderás mi sorpresa y mi dolor. Quedé muda y temí morir. Él, Enrique, el hombre á quien en tan pocos días he podido amar con frenesí porque creía que me amaba con tanta ternura como pureza, porque juzqué que en él se reunían todas las cualidades del amante, del esposo y del caballero, él hacerme semejante proposición! ¡él creerme una de esas muchachas sin pudor que se entregan al primer oficial que las seduce; él confundirme con esas desdichadas criaturas que abandonan la casa paterna y con ella la honra, y siguen á sus amantes en el ejército, siendo el ludibrio de todo el mundo! ¡Dios mío!

La pobre joven escondía el semblante entre sus manos enflaquecidas, y gemía con desesperación.

— ¿Y luego? preguntó con ansiedad Clemencia, á quien aquel relato había puesto en la mayor agitación.

— Y luego ese hombre esperó sonriendo mi respuesta; creía haberme convencido; pensaba

que mi silencio, que mi rubor primero, que mi palidez en seguida, que el temblor de mis labios, que la palpitación de mi pecho eran señales de que el amor me vencía..... me enlazó con sus brazos y me miró de una manera singular.

— ¿Y bien, Isabel? me preguntó.

— Y bien, caballero, le respondi levantándome violentamente y desasiéndome de aquellos brazos atrevidos..... á esa ofensa que vd. acaba de inferirme, á mi que le amaba porque no le conocía..... no puedo dar á vd. más contestación que señalarle la puerta de esta casa para que salga inmediatamente.

— Pero Isabel, dijo él asombrado.

— Caballero, salga vd. por piedad, salga vd!

— Isabel, va vd. á desmayarse, le ruego que me escuche, que me perdone.....

— Déjeme vd. morirme..... vd. salga, Flores; cada instante que vd. permanene aquí, me ultraja... Yo estaba próxima á desfallecer, aquello era superior á mis pobres fuerzas. Por fin Enrique salió con la cólera retratada en el semblante. Era un libertino humillado, y no un amante que ha cometido un error.

Esta es la historia. Yo me adelanté, vacilante de pesar y de vergüenza, hasta un sillón, y allí permaneci sin saber qué era de mí, ahogada por los sollozos, trastornada, muda, sintiendo

que dos lágrimas, como dos gotas de fuego, calcinaban mis ojos. ¡Clemencia, Clemencia, esto es horrible, no ames nunca, si has de sufrir así!

Pasaron algunas horas: mi madre me encontró abatida, llorosa y pálida, y me preguntó qué tenía. No sé qué le respondí; pero calenturienta, delirante, me arrojé en mi lecho, y allí di rienda suelta al llanto que estaba rompiendo mi corazón. No dormi anoche, esto lo debes suponer; no salgo aún de mi aturdimiento, me pesa la vida, no puedo arrancarme del alma este amor, y sin embargo es preciso sofocarlo; el objeto que lo inspira es indigno de él..... ¡mi honra antes que mi dicha, antes que mi vida! ese es hoy el grito de mi conciencia. ¡Hermana mía! ¡hermana mía, dame valor!

Clemencia lloraba también, acariciando en su seno el semblante de su infeliz amiga.

Después de algunos momentos, repuso:

— Has hecho bien, Isabel mía, has sido digna de ti. Una joven como tú, virtuosa y altiva, debe sacrificar primero su vida que consentir en recibir tamaña ofensa. Ese hombre no es un caballero, y como te lo decía, es un libertino gastado en los galanteos y en los placeres. No dependió de ti dejar de amarle, eso no depende nunca de nuestro corazón. La fatalidad se mezcla en todo esto; pero ya que

has resistido tan noblemente á esa prueba penosa, ten valor y no temas; esas tempestades pasan. Es tu primer amor, y por eso, pobre niña, sufres tan violentamente; pero la lucha no será mortal, tú olvidarás....

— Temo mucho que no sea así, Clemencia; amo á Enrique cada momento más, y despreciando su conducta no me es posible despreciarle á él..... esto es lo que me pasa..... ignoro si es una locura, pero lo que siento es extraordinario. ¡ Y se irá de Guadalajara, y me parece que voy á morir!

Isabel apenas tuvo tiempo de sofocar sus sollozos, porque Mariana entró en ese momento.

— Clemencia, dijo al ver á la amiga de su hija; el amor de ese hombre funesto está matando á Isabel..... se marcha, y mi hija no puede resistir su ausencia.....

— ¡ Oh! veremos, Mariana, replicó Clemencia; el amor de vd. y el mio la consolarán.

Y sentándose las dos junto á la bella rubia, que desfallecía, se pusieron á acariciarla, llorando también amargamente.

## XXII

## OTRO POCO DE HISTORIA

En efecto, como Enrique había dicho á Isabel, los sucesos militares tomaban un giro desgraciado. El general Uruga, con el ejército del centro, había atacado valientemente la plaza de Morelia, ocupada ya por tropas mexicanas al mando del tristemente célebre D. Leonardo Márquez. Y á pesar de la bravura de las tropas republicanas, el enemigo triunfó y rechazó á los asaltantes. La estrella de la patria se eclipsaba por entonces, y habían llegado los tiempos de la adversidad.

Este ataque á Morelia ocurrió á fines de Noviembre de 1863.

Uruga, dejando una división de tropas en el Estado de Michoacán, se dirigió con el resto

del ejército al Sur de Jalisco y llegó á Zapotlán, donde estableció su cuartel general á fines de Diciembre.

Una vez desembarazado el enemigo de estas tropas que habían estado ocupando los Estados centrales, alejado también el general Doblado que había marchado con su división á Zatecas, dejando solo en el famoso cerro de San Gregorio, del Estado de Guanajuato, al valiente joven coronel José Rincón Gallardo, patriota que pertenece á una familia aristocrática (del antiguo marqués de Guadalupe), y que sin embargo, enarbolaba con entusiasmo el pabellón de la República; una vez libre, repito, de estas gruesas masas de tropas nuestras, el enemigo pensó en hacer avanzar sus legiones á los Estados lejanos, y una división al mando del general Bazaine, compuesta de tropas francesas y mexicanas que habían abrazado su causa, se dirigió á Guadalajara, adonde se propuso llegar á principios de Enero de 1864.

El general Uruga juzgó inútil resistir en la capital del Occidente, y meditó un plan de defensa que consistía en fortificar las *Barrancas*, es decir, en establecer una línea en el Sur de Jalisco apoyándose en las poblaciones importantes de los distritos que lindan con la Costa, y en el pequeño Estado de Colima, importante

por sus recursos y por su puerto de Manzanillo.

A este fin ordenó al general Arteaga (el mártir de Uruapam), gobernador entonces y comandante de Jalisco, que evacuara á Guadalajara en los últimos días de Diciembre, y que se retirara, con el objeto de incorporarse al ejército del centro que ya tomaba posiciones en la línea referida.

Arteaga así lo hizo, sacando sus pertrechos de Guadalajara en los últimos días de Diciembre, y saliendo él mismo con sus tropas en los primeros días de Enero de 1864, después de haberse dirigido el infortunado general Ghilardi con un pequeño grupo de patriotas, á Aguascalientes, en donde encontró á pocos días una muerte tan desgraciada como heroica en unión del patriota Chavez.

El gobernador de Jalisco se estableció primero en Sayula, dejando todavía algunas fuerzas de observación tendidas hasta Zacoalco y aun hasta Santa Ana, á pocas leguas de Guadalajara.

Bazaine, con su ejército de franceses y afrancesados, ocupó sin combatir esta última ciudad el día 5 de Enero de 1864.